

de la persona en su integridad, una de las cuales es la perseverancia. Tal vez nos extendamos más otra vez sobre el tema; pero, por el momento, nos plantea la duda de si no será un despropósito juntar en el mismo grupo a chicos despiertos, vivaces, que captan a la primera las palabras —y las sonrisas de complacencia— del maestro, con escolares tardos, rumiadores, lentígrados, que, con menos fama de listos, se llevan, a la postre, las mejores notas, un poco desvalorizadas por la tilde de empollón que le atribuyen sus compañeros expresamente... y el maestro en sus adentros.

Y aquí viene otra cuestión, suscitada en las clases unitarias, en caso de ser tan conveniente la clasificación que propugnamos. ¿Qué hacer, cuando forzosamente hemos de atender en la misma clase, en el mismo local, no ya a todos los chicos de un mismo grado o curso, sino a los de varios cursos o grados? El problema se invierte en cierto sentido: en vez de preguntarse cómo lograr la más perfecta técnica pedagógica, se trata de mirar cómo ir superando cada vez más el influjo pernicioso de la mala organización escolar. (Al decir mala, no suponemos que sea culpable). De todos modos, no se cierra el paso a toda iniciativa. Por el contrario, si la clase es numerosa, lo que no es posible separar por tabiques, se atiende por secciones. Y si los escolares son pocos, esta circunstancia permite una mayor atención a las diferencias individuales, y se elimina de raíz la causa misma que plantea el problema de la clasificación, que es el hacer más homogéneos los grupos, en vista de que es imposible dedicarse a los individuos.

En las clases unitarias numerosas es difícil, sin embargo, atender para clasificar, a otra cosa que al rendimiento mismo, es decir, a cómo y cuánto saben. La marcha de la enseñanza va trazando unas conveniencias y obligando a unas soluciones. Es difícil hacer otra

cosa que la que se viene haciendo: dividir la clase en secciones de más y menos aprovechados, prescindiendo de si son mayores o menores, más listos o más torpes. Es posible, no obstante, hacer eso mismo de un modo más esmerado, más eficaz, más pedagógico. Las indicaciones anteriores pueden dar una orientación general complementaria. Otras más se inferirán de lo que en días sucesivos vayamos exponiendo. Para hoy, tenemos ya tema de meditación.

FRANCISCO SECADOS

LA EDUCACION FISICA

Sentido

La educación física es la reunión de dos términos que se complementan necesariamente. Al ir por anticipado y primero el término educación sobre la significación que pudiera tener lo físico, hemos querido indicar una inmediata apreciación y un rico significado doctrinal.

La educación se perpetúa a través de la intención y fuerza con que la voluntad pueda conformar el destino y el lugar en el que nos situamos. Estos son más que el mundo exterior, nuestro propio cuerpo, y, naturalmente, por esto la educación física significa una arquitectura plástica, un dominio sobre territorios un poco aparte de lo volitivo, pero de todas formas inevitablemente enlazado al ser del hombre.

Hacer del cuerpo un templo, virtualizar el germen corporal, es no sólo atraer hacia el espíritu el reino de lo material, sino más bien ordenar idealmente a la realidad total del hombre.

El hombre sin su cuerpo es una vaciedad, un aleteo imaginario. En su cuerpo se pierde por la sugestión de la carne y por lo demoníaco de la vida instintiva. El hombre que mantiene la vitalidad del cuerpo en un ries-